

había seguido todos los incidentes del suceso con su habitual serenidad, que el cadáver conservaba todavía a los pies las dos balas de cañón que se le pusieron para sumergirlo, y cuyo peso de doscientas cincuenta libras no pudo impedir que el cuerpo volviese a flor de agua.

El almirante napolitano fué inhumado en la pequeña iglesia de Santa Lucía.

Cuando el *Foudroyant* ancló de nuevo en el puerto y yo, temblando por lo que acababa de ver, subí a cubierta, supe que un marinero acababa de ser condenado a muerte, por haber, en un momento de embriaguez, golpeado a un superior.

Mi corazón estaba predispuesto a la indulgencia; me parecía que si salvaba la vida de un hombre, aunque ese hombre fuese culpable, aliviaría el peso de mi pecho y que Dios me perdonaría el crimen de no haber intentado la salvación de otra vida humana.

Pregunté el nombre del marinero condenado, me dijeron que se llamaba Tomás Campbell.

Este nombre me impresionó; surgía del fondo de los recuerdos de mi juventud.

Traté de coordinar esos recuerdos, y se me representó aquel día en que, siendo yo niñera en Hawarden, encontré a las pensionistas de la señora Colmann, las que se burlaron de mí al verme en aquella nueva condición, y que una sola, llamada Fanny Campbell, se había separado de sus compañeras para venir a abrazarme.

No sé por qué, al oír pronunciar este nombre, tuve la certidumbre, por más que es muy común en Inglaterra, de que el condenado era pariente de la joven que me había dado una prueba de amistad cuando las demás me las daban de desdén.

Llamé al capitán Hardy, que era el oficial con quien mantenía yo más frecuentes relaciones por ser el mejor amigo de Nelson; le dije que me diese algunos pormenores acerca del infortunado Tomás Campbell y sobre todo que me dijese cuál era su tierra natal. Hardy no tenía ningún detalle relacionado

con el condenado; pero hizo traer el proceso, y vi que el marinero era hijo de la pequeña ciudad de Hawarden. No me cupo ninguna duda de que se trataba del hermano de la pobre Fanny Campbell, y supliqué a Hardy que me acompañase junto al prisionero, sin enterar a nadie de ello. Hardy se resistió al principio, pero acabó por acceder. Me condujo a la bodega del buque, donde el condenado estaba aherrojado.

Al verme, su asombro no tuvo límites. Todos los marineros me conocían, y ninguno de ellos ignoraba mi intimidad con Nelson. Así que, mi presencia fué para el infeliz lo que sería un rayo de luz penetrando en la eterna noche de los réprobos.

Al principio, en su asombro, parecía no comprender mis preguntas, y titubeaba en responderme.

Le pregunté si era de Hawarden; me respondió que sí; si tenía una hermana, y la respuesta fué también afirmativa.

Le dije que yo había conocido a su hermana.

Sacudió la cabeza.
—Le aseguro que la he conocido— insistí.

—¿Cómo es posible— objetó— que una señora como usted pueda haber conocido a una humilde muchacha hija del sargento de marina Juan Campbell?

—La he conocido— repetí,— y se llamaba Fanny.

Se estremeció.

—Es verdad— dijo.— Puesto que usted ha conocido a mi hermana— añadió al cabo de un rato,— y que su visita prueba que le merece algún interés un pobre condenado, le dirigiré una réplica.

—Hágala usted, amigo mío.

—Mi hermana se ha casado con el pastor protestante de una pequeña comarca situada entre Hawarden y Northop.

—¿You-Law, quizás?

—Justamente— exclamó Tomás.— ¿Cómo puede usted saberlo?

—No le importe; ya ve usted que lo sé.

—Pues bien, señora, no me olvide

usted; y cuando yo haya dejado de existir, escriba a mi hermana (yo no sé escribir) que he muerto, pero sin decirle de qué muerte; dígame usted que ruegue por mí, y, como es una joven muy piadosa, no dejará de hacerlo.

—¿Eso es todo lo que usted desea, amigo mío?— pregunté.

—¡Oh, Dios mío, sí, señora! He sido condenado con justicia; he faltado a un superior... Este endiablado vino del Vesubio es el culpable; lo he bebido como si fuese cerveza y sin sospechar que quemaba como el fuego. La cabeza se me fué, y he cometido el crimen. Pero espero que Dios misericordioso tendrá en cuenta que en los diez años que sirvo a Su Majestad Británica no he sido castigado más que tres veces. Es cierto que la tercera valdrá por todas.

—Mi querido Hardy, sé todo lo que quería saber— dije.— Dejemos a este pobre muchacho con sus remordimientos.

Y añadí en voz baja:

—Que espero serán todo su castigo. Hardy me miró y movió la cabeza.

Subí y fui a encontrar a Nelson.

—Mi querido Horacio— le dije,— tengo necesidad de contarle una historia.

Cuando mi madre servía en una granja, pudo, gracias a un pequeño legado que le hizo un antiguo señor a quien había servido, hacerme entrar como pensionista en un colegio, donde, en un año, aprendí a leer y escribir, un poco de música y dibujo. Pero, al año, faltaron los recursos y tuve que salir del colegio para entrar a desempeñar el cargo de niñera en casa de un excelente hombre llamado Hawarden.

Cierto día que paseaba por el prado a los niños de la casa, pasaron por allí mis antiguas condiscípulas a las cuales había yo aventajado frecuentemente en nuestros respectivos ejercicios, y como casi todas eran señoritas distinguidas, ridiculizaron mi humilde posición y mi pobre vestido, que era de camarera.

—¡Pobre Emma querida!— dijo Nelson estrechándome la mano.

—Una sola se apartó del grupo, vino hacia mí, y, viendo que lloraba, enjugó mis lágrimas con su pañuelo, me abrazó y díjome: «¡Oh! Emma, yo no

soy como estas ruines muchachas. Yo te amo siempre.» Y, mezclando sus lágrimas con las mías, me abrazó por segunda vez, y fué a reunirse con sus compañeras, que la acogieron con risas burlonas.

—Era una buena joven esa que tal hizo— dijo Nelson,— y quisiera saber su nombre y el lugar de su residencia, para dotarla si no se ha casado aún.

—Tiene ahora treinta y cuatro años, está casada y es feliz.

—¡Ah! tanto mejor.

—Pero tiene un hermano que se encuentra en una difícil situación. ¿Debo yo abandonar a ese hermano, o por gratitud a la hermana, intentar sacarle de la posición apurada en que se halla?

—Mi querida Emma— dijo Nelson,— abandonar a ese hombre después de la acción de su hermana, sería una ingratitude, y no creo que sea posible en usted tan bajo defecto.

—¿Secundaría usted mis deseos de desquitarme con Fanny?

—Sí, en el supuesto de que esté en mis atribuciones.

—¿Me da usted su palabra?

—A fe de Nelson.

—Pues bien, mi querido Horacio— le dije rodeándole el cuello con mi brazo y apoyando los labios en la cicatriz de su frente,— esa buena joven se llama Fanny Campbell, y su hermano Tomás Campbell ha sido hoy condenado a muerte por el Consejo de guerra.

—¡Ah!— repuso Nelson frunciendo el ceño,— eso es más grave de lo que yo creía, mi querida Emma.

—¿Se niega usted?

—No digo tanto; busco un medio de conciliarlo todo.

—¡Cómo! ¿conciliarlo todo? Esto me parece difícil; usted no puede hacer que la sentencia se cumpla y al mismo tiempo que no se cumpla.

—No; pero puedo, hasta el último instante, dejarle creer que será ahogado, y, llegado ese supremo momento, usted aparecerá y le salvará. ¿No es así, según nos contaba sir Guillermo el otro día, como ocurría el desenlace de las tragedias antiguas? Un dios o una diosa se presentaba, y el culpable era

salvado. Estamos en el país que simboliza la antigüedad; tomemos su ejemplo.

Sentía cierta repugnancia en aceptar el papel que Nelson me señalaba en aquella comedia que prolongaba quince o más horas las congojas de un desgraciado; pero Nelson no quiso escuchar ninguna forma de transacción, y no hubo más remedio que esperar el perdón en la forma que lo proponía, o de lo contrario renunciar a él.

Al otro día, todo se ejecutó como Nelson quería. Por la mañana, los marineros y los soldados de marina formaron en el puente, trajeron al culpable y los tambores redoblaron; la cuerda fatal colgaba de la entena, el nudo corredizo se había pasado ya al cuello del condenado, cuando, de acuerdo con lo convenido de antemano, yo me presenté y pedí el perdón, que me fué otorgado.

El pobre diablo, que se había mostrado muy entero en presencia de la muerte, perdió su valor cuando se le concedió la vida, y se desvaneció.

Le hicieron volver en sí arrojándole a la cara un cubo de agua de mar; después le llevaron nuevamente a la bodega y le pusieron los grillos. Al cabo de ocho días vino a darme las gracias.

—¿Y qué—le pregunté,—continuarás bebiendo vino del Vesubio?

—¡Oh! ni vino ni cerveza, milady! —respondió.—He jurado no beber sino agua en lo que me reste de vida.

Supe que hasta 1801, es decir, hasta el bombardeo de Copenhague, donde fué muerto, Tomás Campbell había fielmente mantenido su palabra.

El Rey hizo en Nápoles todo lo que se propuso. Creó un Consejo que entró en funciones inmediatamente: del 6 de julio al 3 de agosto, no transcurrió un solo día sin llevarse a cabo una ejecución capital.

Expuso Nelson su deseo de volver a Palermo. Nelson se hizo a la vela el 6 de agosto y el 8 estábamos de regreso en la capital de Sicilia.

Encontré a Carolina tan buena y afectuosa conmigo como siempre. Díjome que en el espacio de ocho días había recibido dos dimisiones del carde-

nal Ruffo, y que una y otra vez se había negado a aceptarla, porque, según manifestaba ella, precisaba por algún tiempo más de la popularidad de aquel hombre.

XCI

Algún tiempo después de nuestra llegada a Palermo, el Rey se puso de acuerdo acerca de los regalos que se proponía hacer a los que, en la última campaña, habían desempeñado un papel activo. Nelson estaba ya recompensado, y no podía darle nada más.

Todos los capitanes que servían bajo sus órdenes recibieron una caja o un tabaquera adornada de brillantes; la de Troubridge llevaba el retrato del Rey en el centro, y Su Majestad le hizo además otro presente de una hermosa sortija con un brillante valorada en más de dos mil ducados.

El día 20 de septiembre, fecha en que Nelson cumplía cuarenta y un años, la reina Carolina le escribió de su puño y letra el siguiente billete, que firmó con su nombre de pila, Carlota, que era el que usaba en todos los actos políticos; Carolina era su nombre de Reina.

«Palermo, 20 de septiembre de 1799.

»Mi digno y estimado lord Nelson: reciba usted mis sinceros votos en ocasión del aniversario de su natalicio.

»Nos ha dado usted motivos para que le estemos eternamente agradecidos. Todo se lo debemos, y crea usted que su recuerdo queda grabado con caracteres indelebles en nuestros corazones; porque, hablando así, me constituyó simplemente en intérprete del Rey y de toda mi querida familia, quienes, haciendo coro conmigo, le aseguran su profunda gratitud y elevan al Cielo fervientes votos por su dicha y por su

larga vida. Acepte usted, pues, el testimonio de una familia, de una nación entera que comprende cuánto a usted debe, y crea que mientras viva seré su muy afectuosa

«CARLOTA.»

Aquel mes de septiembre en que Nelson cumplió cuarenta y un años de edad, y durante el cual un hombre en quien nadie pensaba, por creérsele encerrado en Egipto, hacía rumbo a Francia, aquel mes, digo, vió pasar en Palermo muy extrañas escenas.

La flota turca estaba, con la inglesa, en el puerto de Palermo; pero, aunque ingleses y turcos se hubiesen juntado para la misma causa, existía una grande diferencia en el modo de ser tratados los oficiales de ambas naciones.

Los soldados y oficiales ingleses eran heréticos; pero los turcos eran una cosa muy distinta: eran infieles.

Los oficiales ingleses eran recibidos en el mundo social, y, forzoso es decirlo, no eran tratados mal por las damas sicilianas; los soldados, por su parte, tenían relaciones en la ciudad y parecían muy satisfechos de la acogida que se les dispensaba.

Pero la repugnancia de los sicilianos y sobre todo de las sicilianas por los sectarios del Profeta era tal, que una mujer cubierta de harapos y pidiendo limosna en la vía pública no habría permitido que un turco se acercase a ella, aunque la hubiese pesado en oro y hecho reina.

Resultaba de ello que los musulmanes, resueltos a tomar por la fuerza ciertos favores que no se les quería otorgar de buen grado, acosaban a todas las mujeres que encontraban en los barrios apartados y hasta en los céntricos, intentando forzarlas si no llevaban compañía, o bien procurando llevarlas a bordo de sus buques, si las encontraban en el puerto o en lugares inmediatos al mar.

Un día, en la Marina, en pleno movimiento de gente y carruajes, dos turcos se apoderaron de una mujer y la llevaron, no obstante sus gritos, ha-

cia una barca donde eran esperados por sus compañeros. Felizmente, a los gritos de la víctima, acudieron algunos marineros. Uno de los dos turcos quedó en la playa, herido de una cuchillada; el otro pudo llegar a la barca y escapar.

Se llegó al extremo de que, no solamente en calles y paseos, sino hasta en el interior de las casas eran ultrajadas las mujeres. Tales desmanes originaban a diario riñas sangrientas, en las cuales salían a relucir los cuchillos y puñales sicilianos contra las armas de fuego de los turcos.

Cuando un soldado o un oficial de la flota turca se aventuraba por algún paraje apartado, era cosa cierta que al otro día se encontraba su cuerpo cosido a puñaladas.

En fin, el odio que inspiraban los turcos era tan profundo, que si se hablaba de ellos delante de un siciliano, éste palidecía en el acto e instintivamente acariciaba el mango de su puñal.

He aquí un sucedido que levantó mucha polvareda.

Entre los concurrentes a nuestras tertulias había dos jóvenes de veintidós a veinticuatro años, ambos muy elegantes y buenos mozos; el uno se llamaba el príncipe de Sciarra, el otro el caballero Palmieri de Micciche. Pues bien, cierto día, sea que los turcos hubiesen tomado al Príncipe por una mujer vestida en traje de hombre, sea que para ellos el sexo fuese cosa de poca monta, seis u ocho turcos se arrojaron sobre el joven Príncipe y probaron a llevárselo. Afortunadamente, Micciche acudió en socorro de su amigo, armado de un estoque; pero sin duda habrían sucumbido ambos jóvenes, si cinco o seis hombres del pueblo no hubiesen corrido a protegerlos contra sus agresores. En la refriega, dos sicilianos resultaron heridos y muerto un turco.

A cada instante se esperaba la reproducción de las Vísperas Sicilianas, provocadas esta vez por los desmanes musulmanes.

El 8 de septiembre, a la una de la tarde, en la calle de Montreale, dos turcos entraron de improviso en una zapa-

tería, y mientras uno de ellos se precipitaba sobre la mujer y le ponía un pañuelo en la boca para evitar que gritase, el otro, blandiendo la cimitarra, amenazaba a los obreros; pero éstos no se amedrentaron, y, esgrimiendo sus tranchetes, se arrojaron sobre los raptos, gritando:

—¡Mueran los musulmanes! ¡mueran los turcos! ¡mueran los infieles!

Al influjo de este clamoreo que, cual reguero de pólvora, se extendió por todos los ámbitos de la ciudad, toda Palermo se levantó lanzando un grito de exterminio, y cada uno, empuñando la primer arma que tuvo a mano, corrió tras los musulmanes lo mismo que si fuesen animales dañinos.

Bien pudieron ver los turcos que esta vez no se trataba ya de una riña individual, sino de un levantamiento general; las puertas se cerraban a los fugitivos que en vano imploraban un refugio; de los balcones se les arrojaba a la cabeza tiestos, mesas y sillas.

Momento hubo en que desde un extremo al otro de la ciudad sólo se oían disparos, imprecaciones, gritos de dolor, juramentos de desesperación, estertores de agonía.

Dos horas duró la persecución; los doscientos o trescientos turcos que en aquella ocasión se encontraban en la ciudad, mordieron el polvo; cincuenta escasamente se salvaron, unos tirándose al mar, otros corriendo a los botes que tenían atracados al muelle.

El almirante turco se encontraba a la sazón en su navío; al saber lo que ocurría, apuntó los cañones; pero Nelson, que estaba al corriente de la situación y que hacía mucho tiempo que llegaban a sus oídos las quejas formuladas contra los turcos, desplegó su escuadra en orden de batalla, y mandó advertir a su colega que al primer disparo que hiciesen los cañones otomanos contra la ciudad, la flota inglesa echaría a pique a la turca. Este aviso bastó para que el almirante musulmán volviese de su acuerdo.

He hablado de un hombre que durante aquel lapso de tiempo y sin que nadie llegase a sospecharlo, salía de Egipto, pasaba entre Malta y el cabo

Bueno, y navegaba con rumbo a Francia, en donde su regreso iba a cambiar la faz de Europa. Ese hombre era Bonaparte.

Se conoce el modo cómo, después de haber reducido momentáneamente a la Sublime Puerta a la impotencia por las dos victorias del monte Thabor y Aboukir, logró embarcarse en el *Muiron* y burlar la vigilancia de los cruceros ingleses; se sabe también cómo llegó el 8 de octubre a Fréjus, el 16 a París, y cómo, en fin, el 9 de noviembre dió el golpe de Estado conocido por el nombre de 18 brumario.

La nueva de estos hechos extraordinarios impresionó profundamente a la corte de Palermo; pero pronto sobrevinieron otros acontecimientos que nos eran personales y que nos obligaron a desviar nuestra atención de los asuntos públicos para dirigirla a nuestras individuales conveniencias.

El sesgo que tomaban las cosas en Francia y la necesidad de estrechar el bloqueo de Malta obligaron a Nelson a separarse de nosotros para efectuar un cruceiro por las costas occidentales de Italia y golfo de Lyon.

Durante ese cruceiro, recibió inesperadamente aviso de que lord Keith acababa de ser nombrado comandante en jefe de las fuerzas del Mediterráneo, cargo que Nelson ejercía de hecho hacía dos años. Al mismo tiempo, supimos que sir Arturo Paget había sido nombrado ministro de Inglaterra cerca del Gobierno de las Dos Sicilias, en substitución de sir Guillermo Hamilton.

Eso equivalía a desaprobarnos todo lo que lord Nelson y sir Guillermo habían hecho en Nápoles, y era también un rudo golpe, pues suponía la pérdida del favor.

Puedo decir que la corte de las Dos Sicilias lo sintió tanto como nosotros. Nelson se sentía cruelmente lastimado, en su dignidad de marino y en su amor de hombre.

En cuanto a sir Guillermo, estaba sencillamente furioso; se hubiese dicho que estaba más interesado que yo en no separarse de Nelson.

El 3 de febrero de 1800, milord nos escribía, o mejor dicho, me escribía:

«Querida lady Hamilton: habiéndome nombrado un comandante en jefe, no puedo reunirme con usted sin antes haberle presentado mis respetos. Los tiempos han cambiado!... Pero, si él no viene aquí, no seré yo el que le espere. He enviado a Allen a informarse de cómo sigue usted. Escribame usted una palabra. Tengo el corazón lleno de angustias.

»Que Dios la bendiga, mi querida lady, y crea firmemente que nunca dejaré de ser su afectuoso,

»NELSON.»

Cogí la pluma y me apresuré a responder a Nelson. Sabía lo mucho que sufría y cuánto le aliviarían unas cuantas palabras mías.

El almirante Keith se reunió bastante pronto con su ilustre colega para que éste no viniese solo a Palermo. Ambos partieron juntos, el almirante Keith montando el *Reina Carlota*, y Nelson el *Foudroyant*. Llegaron el 6 de febrero, y Nelson vino a ponerse de acuerdo con nosotros. Se convino que sir Guillermo y yo dejaríamos la corte de Nápoles, y Nelson presentaría su dimisión, o cuando menos pediría una licencia.

El 9 por la mañana, el Rey fué a visitar a lord Keith a bordo del *Reina Carlota*, y al día siguiente hizo igualmente una visita al *Foudroyant*.

Este último buque recibió algunas tropas sicilianas, y el 12, después de haberse despedido de nosotros, Nelson partió de nuevo para efectuar su cruceiro, siempre en compañía del *Reina Carlota*, mandado por el almirante Keith.

En la mañana del 18 encontraron una flotilla francesa, mandada por el contraalmirante Perrée, que montaba el *Généroux*, barco de setenta y cuatro cañones, y que, procedente de Tolón, transportaba tropas a Malta. Nelson atacó inmediatamente a la flotilla, y después de un combate encarnizado, en

el que Perrée cayó mortalmente herido, el *Généroux* fué apresado.

El almirante francés murió al día siguiente, 19.

El mismo día, el mayor de división Poulain escribió a Nelson para suplicarle mandase tributar honores fúnebres al comandante de las fuerzas navales de Francia en el Mediterráneo, invocando la fraternidad del valor que combate al enemigo cuando vive, pero que sabe honrarle después cuando ha muerto.

Me es satisfactorio decir que tal solicitud fué atendida.

Algunos días más tarde, el 24 de febrero, lord Keith dió a Nelson orden de dirigirse al bloqueo de Malta, para llenar cualquier servicio de importancia pública, o más bien, en realidad, conforme se verá, para alejarle de mí. Esa orden iba acompañada de instrucciones especiales acerca de lo que habría que hacer en el caso de que la Valette se rindiese. El almirante añadía que, encontrándose demasiado lejos Palermo, Nelson debía elegir, como punto de reunión, Siracusa, Mesina o Augusta.

Esta orden llevó al colmo la desesperación de Nelson. La recompensa que por sus altos servicios merecía, era una mezquina persecución, que ahondaba en lo más íntimo de su vida privada y le hería en lo más profundo de su corazón.

El mismo día respondió en los términos siguientes:

«Milord: mi estado de salud es tan precario, que me es imposible continuar aquí. Si me quedo, soy hombre muerto. Ruego a usted, pues, acepte la petición que formulo de obtener algunas semanas de licencia para ir a reunirme con mis amigos, en Palermo. Dejaré el mando al comodoro Troubridge. Sólo la absoluta necesidad me obliga a escribirle esta carta.

»Con el mayor respeto, soy etc.

»NELSON.»

Esta carta no impidió que Nelson fuese retenido, bien a pesar suyo, en el bloqueo de Malta; pero, al fin, el 10 de

marzo, sin esperar la rendición de la Valette ni el permiso de lord Keith, se hizo a la vela con rumbo a Palermo, a cuyo puerto llegó en ocasión de celebrarse el matrimonio del general Acton, que contaba sesenta y siete años de edad, con su sobrina, jovencita de catorce primaveras. Digamos de paso que el general tuvo tres hijos de este matrimonio.

Creo haber dejado entender que, de mucho tiempo atrás, no existía ninguna intimidad entre él y la Reina; si yo tuviese que señalar la fecha en que esa intimidad cesó, la haría remontar a la muerte del príncipe de Caramanico.

Grande fué la alegría de Nelson cuando volvió a vernos. Debo manifestar que, salvo el deseo de reunirse con nosotros, estaba realmente muy enfermo; además, un nuevo disgusto, que él consideró como un insulto, llevó al máximo grado su resentimiento hacia la corte de Inglaterra.

Desde la ocupación de la isla de Malta por los franceses, la Orden de Malta había caído en desuso. Pero Pablo I se había declarado Gran Maestre de esta Orden y distribuía los nombramientos de la misma.

A solicitud de Nelson, el Emperador envió una credencial de gran cruz, con una encomienda honorífica, al capitán Ball; y, al mismo tiempo que sir Carlos Whitworth pasaba aviso a milord, le anunciaba que yo había sido nombrada dama pequeña cruz de la Orden.

Sir Guillermo envió a la cancillería de Londres la carta de sir Carlos Whitworth y el nombramiento, pidiendo para mí el permiso de llevar esta cruz.

La cancillería no se dignó responder siquiera; Nelson escribió a su vez, y con el mismo resultado.

A partir de entonces, Nelson tomó una resolución: decidióse a pedir, si no su retiro, al menos una licencia, que pasaría con nosotros en Londres. Además, como en este intervalo, sir Arturo Paget, substituto de sir Guillermo Hamilton, había llegado, y mi esposo, que no quería darle ninguna cuenta de la situación, le había abandonado la Embajada, el hotel y los archivos, re-

solvimos, por tales razones, salir de Palermo, embarcarnos en el *Foudroyant* y marchar a Nápoles para pasar un par de meses allí. Transcurridos esos dos meses, volveríamos a Palermo, recogeríamos a la Reina, la acompañaríamos hasta Viena, a donde se proponía ir, y cuando ella volviese a Nápoles, continuaríamos nuestro viaje a Londres.

Así, pues, en los primeros días de abril, sir Guillermo y yo nos despedimos temporalmente de la familia real, y partimos en el *Foudroyant*.

Debíamos regresar más pronto de lo que habíamos decidido.

He dicho que la vuelta de Bonaparte a Francia iba a cambiar la faz de Europa, y, en efecto, había cambiado ya la de Francia. Una vez disuelto el Directorio, una vez nombrado primer cónsul, Bonaparte volvió sus miradas hacia Italia, reconquistada por Suvorof y Mêlas.

Sólo éste se había quedado en Italia: Suvorof, derrotado por Massena en Zurich, había ido a notificar su desastre a Pablo I.

A fines de mayo se supo que Bonaparte acababa de atravesar los Alpes con un ejército de 40.000 hombres.

La Reina consideró que había llegado el momento de ir a hacer una visita a su sobrino. La fortuna de Bonaparte podía acompañarle desde las orillas del Nilo a las orillas del Pó, y en ese caso, ¿quién podía adivinar la magnitud de las consecuencias que para Italia tendría una victoria de los franceses?

Nelson debía, con el *Foudroyant*, ponerse al servicio de la Reina, cuya partida se había fijado para el 8 de junio; pero esa partida sufrió un retardo de dos días.

Por fin, el 10 de junio, la Reina, las tres Princesas, el príncipe Leopoldo, sir Guillermo y yo, nos embarcamos en el *Foudroyant*, que partió para Liorna en compañía del *Princesa Carlota*, del *Alexandre* y del correo napolitano. La travesía fué excelente, y con una buena brisa llegamos el 14 a Liorna, o sea el mismo día en que Bonaparte ganaba la batalla de Marengo.

Hasta el 16 no pudimos bajar a tierra, a causa de la fuerte marejada que reinaba.

El 16, a las nueve de la mañana, fuimos a tierra en la canoa de lord Nelson. La llegada de la Reina atrajo un gentío inmenso al embarcadero de los Finocchetti. Al poner el pie en tierra, Carolina fué cumplimentada por el general barón de Fenzel, por el gobernador de Liorna y por el duque de Strozzi, a quien el gran Duque había designado para acompañar a la Reina, mientras que el caballero Sergardi, administrador general de los bienes de la Corona, debía costear todos los gastos que la Reina hiciese durante su estancia en Toscana.

Subimos en las carrozas que nos esperaban, y nos encaminamos a la catedral, donde se cantó un *Te Deum* en acción de gracias por el feliz viaje de la reina de Nápoles.

Al llegar a palacio, encontramos a la duquesa de Atri, que había venido expresamente de Florencia para recibir a la Reina, y por la noche fuimos al teatro, donde nos recibieron con frenéticos aplausos.

Ignorábamos todavía que se hubiese librado una batalla ante los muros de Alejandría.

XCII

El primer cuidado de la Reina al bajar a tierra, fué pedir noticias del ejército de Italia. Un doble motivo la impulsaba: por lo pronto, la influencia que una victoria o una derrota de Bonaparte podía ejercer en los destinos del reino de las Dos Sicilias, y luego la seguridad de su viaje a Viena. Por desgracia, ninguna de las personas a quienes consultó estaba mejor informada que ella. En vista de tal dificultad, envió al barón de Rosenheim, puesto a

su servicio, con encargo de que se pudiese en comunicación con los generales austriacos; y le hizo acompañar de dos correos que el Barón debía despachar a medida que fuese adquiriendo noticias del ejército.

El 17 por la noche, M. de Sommariva vino de Florencia; por él supimos que Bonaparte personalmente mandaba el ejército francés; que los franceses disponían de mucha caballería, y que los ejércitos se encontraban entre Alejandría y Tortona, a punto de chocar entre sí. En cualquier caso, M. de Sommariva manifestó a la Reina que podía considerarse completamente segura en Liorna. Sin embargo, era cosa fácil de ver que quien así hablaba, deseando tranquilizarnos, distaba mucho de sentirse tranquilo.

El mismo día por la noche volvió a salir para Florencia.

Al día siguiente circuló la noticia de que los franceses habían sido completamente derrotados. Se cree fácilmente aquello que se desea; la Reina nos dió a todos esta buena noticia.

Pero en la noche del 18 al 19 Nelson recibió la visita de un oficial inglés enviado por lord Keith, con una carta que le anunciaba haberse firmado un armisticio entre los ejércitos francés y austriaco, y que en dicho armisticio quedaba estipulado que los austriacos evacuarían todas las plazas fuertes del territorio de Génova, las cuales serían devueltas a los franceses.

Esta primera parte de la carta del comandante inglés no concordaba mucho con lo que nos habían dicho el día antes, de un supuesto descalabro de los franceses; pero el resto de su contenido era aún más alarmante para nosotros.

Lord Keith ordenaba a Nelson reunirse en el acto todos los buques que tenía a sus órdenes y dirigirse con ellos al golfo de Spezzia, a fin de desmontar y llevarse de todos los fuertes y particularmente del de Santa María, todas las piezas de artillería, o cuando menos inutilizarlas en forma que no pudiesen servir a los franceses.

Estas noticias nos consternaron. Indudablemente, semejante acuerdo no

podía haber sido firmado sino después de una batalla, y en esa batalla, los austriacos habían sido vencidos, sin ningún género de duda.

La orden transmitida a Nelson de dejarlo todo para encaminarse a Spezzia nos afligía; la Reina veía fundamentalmente en Nelson a su único apoyo, y sin Nelson, se consideraba perdida.

Pero milord no nos dejó mucho tiempo en este angustioso estado. Manifestó que, bajo ningún pretexto, abandonaría a la Reina en la situación en que se encontraba, y en consecuencia, para ejecutar las órdenes de lord Keith, envió a Spezzia el *Alexandre* y la *Dorothée*, y se quedó en Liorna con el *Foudroyant*, el *Vasco de Gama*, navío portugués, y las corbetas y fragatas sicilianas que se encontraban en el puerto de Liorna.

Esta resolución nos tranquilizó momentáneamente. Pero bien pronto llegó el barón de Rosenheim, a quien, conforme se recordará, se había enviado a inquirir noticias. Dijo que en Génova se encontró con el general austriaco Hohenzollern, y que éste le había hecho leer un convenio entre el general Mélas y el general Berthier, convenio en el que se acordó una suspensión de armas entre ambos ejércitos, que no podían reanudar las hostilidades durante diez días. Entretanto, los austriacos debían entregar a los franceses todas las plazas fuertes que estuviesen en su poder, esto es, Génova, Savona, Coni, Alejandría, Tortona, Mondovi, la ciudadela de Milán, la de Turín, el fuerte de Urbino, conservando en su poder solamente Mantua, Ferrara, Peschiera, Verona y Ancona. La causa que se atribuía a ese desesperante armisticio, era una batalla que hubo de haberse librado el día 14 en Marengo, entre la Bormida y la Scrivia, y en la que Mélas, después de haber obtenido al principio alguna ventaja sobre el enemigo, había sido, al fin, completamente derrotado.

Es de comprender cuál sería la desesperación de la Reina y de toda la familia real ante semejante noticia. La Reina, sobre todo, cayó en una postración profunda, después de haber sido

acometida de un violento ataque de nervios. Pero la cosa aumentó, adquirió mayor gravedad cuando Nelson, tan desesperado como nosotros, trajo a sir Guillermo, pues no se atrevió remitirlo ni a mí ni a la Reina, el siguiente billete, que acababa de recibir de lord Keith:

«Génova, 21 de junio de 1800.

Acabo de ver a un hombre que se ha separado de Bonaparte. Ese Bonaparte dice públicamente que antes de concertar la paz, le queda una potencia por reducir en Italia... Deje que la Reina parta para Viena, lo más pronto que le sea posible. Si la flota francesa llega a Sicilia un día antes que la nuestra, Sicilia está perdida, porque es incapaz de resistir un solo día.

»KEITH.»

La carta era tan apremiante, que, no obstante el estado de salud de la Reina, se resolvió enterar a Carolina de su contenido. Con este objeto, se celebró una especie de Consejo en su cámara, a fin de que cada uno diese su parecer acerca de la resolución que tuviese por más acertada en tales circunstancias. Carolina, convencida de la inminencia del peligro, quería partir al instante, conforme le aconsejaba lord Keith; pero sir Guillermo y Nelson opinaron lo contrario, esto es, que debía continuar en Liorna, donde tenía siempre a su disposición los buques de la escuadra inglesa, y no partir hasta después de haber recibido noticias de Viena referentes al estado de cosas en la Corte de su sobrino. El príncipe de Castelcalca fué de este parecer, que al fin prevaleció, y se resolvió no salir de Liorna.

Sin embargo, a fines del mes de junio la Reina decidió proseguir su viaje en dirección a Alemania.

Nelson manifestó a lord Keith su resolución de regresar a Inglaterra, y lord Keith puso a su disposición uno de los barcos de la flota; pero, así como yo quería pasar por Viena para no dejar a la Reina, así también Nelson resol-

vió hacer el mismo camino para no darme a mí.

Carolina escribió al comandante de Ancona para preguntarle si en aquel puerto había algún navío que pudiese conducirla a Fiume, y de Fiume a Venecia.

Estando en los preparativos de viaje, la Reina recibió una carta de la emperatriz su sobrina. La Emperatriz suplicaba a María Carolina que por ningún concepto desistiese de su viaje a Viena. Decía que consideraba de verdadera necesidad ese viaje, y la invitaba a enviar un mensajero al general Mélas, a fin de que éste le indicase la ruta que debía seguir. Se lamentaba de lo que estaba sucediendo en Italia; pero declaraba que después de la catástrofe de Marengo, Mélas no pudo dejar de firmar el armisticio. Finalmente, nada bueno esperaba de la renovación de las hostilidades, y, por su parte, se inclinaba por una paz sólida y honrosa.

Entretanto, supimos que un destacamento francés, compuesto de trescientos veintiséis hombres, con artillería, había entrado en Lucques, y esta noticia determinó a la Reina a partir inmediatamente y dirigirse a Ancona por la vía terrestre.

Partió con sus hijos, las tres Princesitas y el joven Príncipe, y se acordó que nosotros la seguiríamos. Tenía tanto afán de alejarse de los franceses, que se puso en camino hacia Florencia sin esperar los demás carruajes y sin tomar ninguna precaución.

Lord Nelson, sir Guillermo y yo partimos al día siguiente, 11 de julio.

Este viaje, además del peligro que ofrecía, no debía hacerse sin grandes fatigas. Malos caminos y malos carruajes, en vez de un mar casi siempre segado en el mes de julio, y buenos camarotes con todas las comodidades de la vida. Por colmo de inconvenientes, después de haber recorrido cien leguas en tales condiciones, alguna polacra austriaca, algún barco pesquero de la Dalmacia para transportarnos a Trieste. Por todo eso, lord Nelson había, hasta el último instante, desaprobado esta forma de viajar; como buen ma-

rino, Nelson encontraba más cómodo doblar el extremo de Calabria y entrar en el Adriático a bordo del *Alexandre*. Respecto a mí, confieso que prefería el viaje por tierra, por molesto que fuese. En cuanto a sir Guillermo, estaba tan enfermo, que creía no llegar vivo a Ancona, pero su fidelidad a la Reina le obligaba a seguirla, aun con riesgo de su vida.

Empleamos veintiséis horas en el trayecto de Liorna a Florencia, a causa de las marchas y contramarchas que los franceses nos obligaban a hacer. En Castel-San-Giovanni volcó nuestro carruaje. Sir Guillermo sufrió una ligera contusión en la rodilla, y yo la luxación de un hombro. Un médico rural me hizo la primera cura, que me produjo horribles dolores. Un carretero reparó los desperfectos del vehículo; pero la rueda volvió a romperse en Arezzo.

Como los franceses se aproximaban y eran necesarios dos días para poner el carruaje en buen estado, resolvimos cambiarlo por otro, el primero que nos presentaron. Nuestros sirvientes, que podían caer impunemente en poder de los franceses, por ser individuos de menos importancia, se quedaron en Arezzo, con encargo de que, una vez reparado el coche, viniesen a reunirse con nosotros.

Continuamos, pues, nuestra marcha a través de comarcas miserables y por caminos infernales.

Al llegar a Ancona, la Reina encontró una fragata austriaca, la *Bellone*, preparada para recibirla junto con las personas de su séquito. El mismo día pasó a bordo del buque; pero, una vez instalada, dudó entre quedarse en él o desembarcar, y, cuando tres días después llegamos nosotros, estaba incierta aún sobre el partido que tomaría: sentía deseos, nos dijo, de pedir hospitalidad a la escuadra rusa, compuesta de tres fragatas y un bergantín. Nelson, que tenía poca fe en los marinos austriacos, la animó en ese proyecto. Por otro lado, para recibir convenientemente a la familia real y a las personas que la acompañaban, la fragata austriaca había tenido necesidad de reducir el número de sus cañones a vein-

ticuatro, y como los franceses eran dueños de las costas de la Dalmacia, hubiesen podido con una flotilla de lanchas, apoderarse de la *Bellone* al abordaje.

Pero, por desgracia, la fragata que montaba el jefe de la escuadra rusa no estaba preparada para el honor que la Reina le dispensaba, y el comandante sólo pudo ofrecer su cámara a la familia real; de suerte, que nosotros tuvimos necesidad de embarcar en otra fragata.

Sir Guillermo se sentía tan enfermo, que todos los médicos le habían desahuciado, y los menos pesimistas en sus pronósticos decían que acaso llegaría a Trieste, pero que, con toda seguridad, su mal habría acabado con él antes de llegar a Viena.

Contra todo lo que se esperaba, sir Guillermo se encontró algo mejor al llegar a Trieste, después de una buena travesía, y el resto del viaje se realizó en las condiciones más favorables.

En Viena, gracias a la viva amistad que me profesaba la Reina, fui admirablemente recibida por el Emperador, la Emperatriz y toda la familia imperial.

La convalecencia de sir Guillermo, que duró seis semanas, nos retuvo en la capital de Austria más tiempo del calculado por nosotros, pero no por eso dejé de concurrir a las fiestas que se organizaron, pues sir Guillermo exigió que me presentase en sociedad acompañada de Nelson, lo mismo que si él se hubiese encontrado en buena salud.

Ya era tiempo, en verdad, de que María Carolina se trasladase a Viena para defender sus intereses; en su ausencia, nadie se había ocupado en ellos.

Eso determinó a la Reina a tomar una grande resolución.

Viendo que el emperador Francisco no había hecho ningún pacto que tuviese relación con ella, viendo que los ingleses defendían la Sicilia, cuyos puertos podían utilizar, pero abandonaban a Nápoles, que de nada podía servirles, resolvió partir para San Petersburgo y pedir un apoyo al Emperador Pablo.

Esta tentativa obtuvo el éxito que

la Reina esperaba. Pablo I estaba a la sazón en muy buenas relaciones con Bonaparte, y era evidente que éste, deseoso de conservar una amistad tan poderosa, haría todo lo que el Emperador le pidiese.

Pablo I escribió al primer cónsul una carta muy fogosa, pero exigió de Carolina, en el caso de lograr que se firmase un tratado de paz entre Francia y Nápoles, el juramento de que ese tratado sería rigurosamente observado.

El general Lavachef, montero mayor de Pablo, fué enviado al primer cónsul, portador de la carta del czar y fiador de la promesa de la Reina; de suerte que el 6 de abril de 1801 se concertó un armisticio en Foligno entre el caballero Micheroux y el general Murat. A ese armisticio siguió muy pronto un tratado definitivo.

Uno de los artículos del tratado estipulaba que los súbditos del rey de Nápoles que habían sido desterrados, encarcelados u obligados a huir por causas políticas, podrían regresar libremente a su patria y recobrarían la posesión de sus bienes.

¡Desgraciadamente, era demasiado tarde para muchos de ellos! Los tribunales habían funcionado, y todo el año 1799 y principios del siguiente fueron testigos de terribles ejecuciones, entre otras, la del infortunado Domingo Cirillo, a quien no pudimos salvar de la cólera de Fernando, por más que la Reina, a solicitud mía, pidió de rodillas el perdón.

Nuestra estancia en Viena fué una fiesta no interrumpida. El príncipe y la princesa Estherazy particularmente, que, en un viaje que hicieron a Nápoles habían sido espléndidamente recibidos en el hotel de la Embajada inglesa, quisieron correspondernos en igual forma.

Fuimos, pues, invitados a pasar una semana en el palacio del Príncipe, en Eisenstadt. Vimos allí una cosa singular, y por medio de la cual probablemente creyeron dispensarnos un honor.

Durante nuestra permanencia en el castillo hubo en él una guardia de cien granaderos de los cuales el de menor talla alcanzaba una altura de seis pies.

A medida que se relevaban en su servicio, los que entraban de guardia se sentaban a una mesa opípara y delicada, hasta que eran reemplazados por otra tanda de veinticinco.

En la capilla de palacio nos dieron un gran concierto bajo la dirección del venerable Haydn, que entonces tenía sesenta y nueve años. Su famoso oratorio de la *Creación* fué ejecutado en nuestro honor.

A su regreso de San Petersburgo, la reina de Nápoles me rogó con mucha insistencia, y como se ruega a una amiga cuya presencia es indispensable, volviése con ella a Italia. Todo estaba tranquilo, el Rey había hecho su entrada en Nápoles, la paz se había celebrado; Carolina me prometía la vuelta de los hermosos días que habían seguido a mi llegada y a la aurora encantadora de nuestra amistad.

Pero me hubiese sido preciso dejar a Nelson, lo cual habría sido una profunda ingratitud, dado que él me lo había sacrificado todo en aras de su amor.

Me mostré inflexible.

Viendo la Reina que yo estaba decidida a partir, me suplicó que aceptase, como recuerdo de su real aprecio, una renta o pensión vitalicia de mil libras esterlinas anuales.

Pero, apenas lo insinué a sir Guillermo:

—Somos bastante ricos—me respondió;—y, por otra parte, semejante liberalidad provocaría las sospechas del gobierno inglés.

Llegó el momento de la partida; la separación fué cruel y arrancó abundantes lágrimas. Las tres jóvenes Princesas se colgaron una tras otra a mi cuello, dando muestras de gran pesar.

La última noche la pasamos reunidos, recordando los días buenos y malos, y prometiéndonos no olvidarlos nunca.

Nos separamos, al fin, después de haberme hecho jurar la Reina volver a su lado si algún día la desgracia me perseguía. Sir Guillermo estaba doliente, cansado, quebrantado por los últimos acontecimientos; la Reina me dejaba traslucir que, una vez viuda y na-

vegando Nelson, yo quedaría sola y abandonada. Esta eventualidad entraba en sus cálculos para hacerme cumplir mi promesa.

Lo que me llamaba imperiosamente a Inglaterra era sobre todo el estado en que me encontraba: estaba en cinta.

Sir Guillermo no ignoraba mi intimidad con Nelson; pero, como nuestras relaciones conyugales habían sido casi siempre las de un hermano y una hermana, nunca había mostrado sentir ni por asomo la tortura de los celos. Solamente debía yo por delicadeza disimular mi estado y alumbrar en el silencio y la soledad. Estaba agradecida a sir Guillermo Hamilton por tener cerrados los ojos, y no podía permitir que la malevolencia se los abriese.

Partimos para Praga, invitados por el archiduque Carlos, que nos dispensó un espléndido recibimiento. Después continuamos la marcha hacia Dresde y Hamburgo.

En esta última ciudad nos sucedió una aventura digna de ser contada, y tuvimos un encuentro no menos notable.

Al llegar al hotel, nos anunciaron que un hombre de unos sesenta años y de aspecto un tanto vulgar, insistía en hablarle.

Mandé preguntarle qué deseaba, y respondió que sólo a mí quería decirlo.

Di orden de que le hiciesen venir a mi presencia.

Vi entonces a un viejecito de sesenta a setenta años, quien, algo cohibido, balbuceando un mal inglés, venía, sombrero en mano, a decirme que tenía en su bodega un vino del Rhin de 1626, muy distinto, por cierto, del vino de que habla Horacio, que sólo databa del consulado de Opimio, pues el vino de mi viejecito contaba ciento setenta y cinco años y hacía medio siglo que era propiedad de su familia.

Ese vino estaba reservado, decía el visitante, para una ocasión extraordinaria, y esa ocasión se presentaba aquel día más oportuna que nunca. El buen hombre, que por espacio de cincuenta años había sido tan avaro de su vino, me suplicaba que interpusiera mis bue-

oficios cerca de lord Nelson para que éste se dignase aceptar cincuenta botellas de aquel vino que tendría el honor, *al mezclarse con su sangre generosa, de hacer palpitar el corazón del héroe.*

Estando en esto, entró Nelson, y, puesto al corriente del objeto de la visita del viejecito, quiso al principio rehusar; pero, vista la insistencia del obsequiante, acabó por aceptar seis botellas, a condición de que el donador comiese en su compañía el día siguiente.

La cosa fué convenida así, pero el convidado de Nelson envió doce botellas en vez de las seis convenidas, lo cual dió lugar para que Nelson manifestase que serían apuradas desde luego seis botellas, y que las seis restantes se reservarían para beberlas después de cada una de las victorias que alcanzase en lo futuro, las cuales era de esperar que llegarían muy fácilmente a sumar la media docena.

Y en efecto, a su vuelta de Copenhague, en una gran comida dada por él, se descorchó una de las seis botellas, y el anfitrión brindó por aquel de quien procedían; pero ¡ay! en Trafalgar, aunque la victoria fué completa, las cinco últimas botellas quedaron intactas: el vencedor había caído en medio de su triunfo.

El otro recuerdo que conservo de mi paso por Hamburgo, es la visita que recibimos de Dumouriez.

Nelson nos presentó a sir Guillermo y a mí al ilustre vencedor de Valmy y de Jemmapes, el cual salvó, con toda seguridad, a Francia de una invasión, y más adelante, en circunstancias que son notorias, se pasó a los austriacos con el joven duque de Orleans, que debía contraer matrimonio con una de las jóvenes Princesas que yo había conocido recientemente en Viena.

Tenía viva curiosidad de conocer de cerca a una celebridad de quien tantas veces había oído hablar.

Dumouriez era en aquella época un hombre de sesenta y seis a sesenta y ocho años, de estatura regular, ágil y nervioso, y que parecía tener cincuenta o cincuenta y cinco años. Su fiso-

nos oficios cerca de lord Nelson para que rada brillante, y la tez de su rostro denunciaba al soldado que ha recorrido muchos y diferentes climas. En su frente se dibujaba la cicatriz de un sablazo. Había sido ministro de la Guerra bajo el reinado de Luis XVI, y en el período de su ministerio Francia había declarado la guerra a Austria.

Vivía en el destierro y miraba filosóficamente lo que ocurría en Francia. Debo manifestar que con penetrante mirada leía claramente en lo porvenir. Nos habló del general Bonaparte con la más viva admiración, y vaticinó para él una fortuna ascendente cuyo límite no se podía señalar.

Por nuestra parte, le dimos toda suerte de detalles referentes a las cortes de Nápoles, Palermo y Viena, y le quedamos deudores de uno de los días más agradables de nuestro viaje.

Sólo tres días permanecemos en Hamburgo, el tiempo preciso para dar un poco de reposo a sir Guillermo. Nos embarcamos, y el 6 de noviembre llegamos a Yarmouth.

Era la primera vez que Nelson pisaba el suelo de Inglaterra después de la batalla del Nilo. Se le dispensó un recibimiento entusiasta. En el momento de desembarcar, la muchedumbre corrió a recibirle, gritando:

—¡Viva Nelson!

Entre frenéticos aplausos y en triunfo fué acompañado hasta la posada de Wrestler. La infantería de la ciudad desfiló bajo sus ventanas y las músicas de los regimientos le dieron una serenata. El alcalde y la corporación municipal vinieron en seguida a buscarlo y le condujeron a la iglesia, donde se elevó al Cielo una acción de gracias. Cuando abandonamos la ciudad, un piquete de caballería nos acompañó un buen trecho del camino. Todos los barcos de la bahía estaban empavesados.

Estas demostraciones de admiración y entusiasmos adquirieron aún mayores proporciones en Londres. Nelson recibió en la gran capital el triunfo de Aboukir, de Nápoles y Malta, todo a la vez. A la noticia de su llegada, todos los navíos del Támesis izaron sus pabellones y banderolas. El pueblo inglés,

enemigo de Francia, corrió, lleno de entusiasmo, al encuentro del destructor de la flota francesa. La gloria de Nelson había llegado a ser una especie de leyenda nacional; todo inglés, aparte el personal orgullo de ser compatriota de uno de los más ilustres marinos que han existido, creía deberle la tranquilidad de su hogar, el honor de su mujer, la prosperidad de su campo, la paz de su patria.

Nelson entró en Londres el 8 de noviembre, y se encaminó al hotel de Nèrot en Saint-James street.

Recuerdo que era un sábado.

Allí me esperaba un golpe terrible.

Hacia mucho tiempo que me preguntaba cómo se las compondría Nelson al llegar a Londres, cuando se encontrase entre lady Nelson y yo. Todo el mundo ensalzaba la conducta ejemplar de dicha señora. Nunca había yo abordado esta cuestión con Nelson. Con la injusticia natural que inspira una falsa posición, sentía en mi pecho el odio que profesaba a lady Nelson, y comprendía que, llegada la ocasión, me mostraría implacable con ella.

¡Ay de mí! confieso que me porté cruelmente con aquella excelente criatura, y que el empeño que puse en alejarla de su marido constituye hoy día uno de mis remordimientos más punzantes.

Júzguese de las emociones que agitaron a mi espíritu cuando, al llegar a la habitación de Nelson, vi a su venerable padre, viejo que pasaba de ochenta años, el cual le esperaba en compañía de una mujer a quien, sin haberla visto jamás, reconocí en el acto por lady Nelson.

Me sentí presa de una conmoción tan violenta, que estuve a punto de caer desplomada.

Nelson se volvió a mirarme. Me vió pálida y con los dientes apretados, y fué tan cruel como yo.

Abrazó efusivamente a su padre, y a su mujer la saludó con mucha frialdad, cual si se tratase de una persona extraña.

Se puso muy pálida, me dirigió una mirada que me exasperó, porque me pareció que en aquella mirada había

más piedad que enojo, y fué a apoyarse en el brazo del padre de Nelson, como para refugiar su dolor en las canas del anciano.

Salí de la habitación y pasé a la que nos había sido momentáneamente destinada.

Nelson vino a juntarse conmigo al poco rato, y de rodillas me juró que jamás lady Nelson sería para él otra cosa que una hermana. Vió que esta promesa no bastaba a tranquilizarme, y entonces—¡Dios nos perdone a los dos!—me juró no volver a verla más, o verla solamente en mi presencia.

El día siguiente era un domingo; el alcalde de Londres quería dar una fiesta a Nelson, pero tuvo que diferirla para el lunes, pues la solemnidad del domingo inglés no permitía entregarse a ninguna ocupación mundana.

El lunes Nelson se dirigió a la City; pero en Ludgate-Hill el pueblo desenganchó los caballos y tiró del coche a lo largo de Guilde-Hall, lanzando frenéticos hurras; al pasar frente a Cheapside, fué saludado por las aclamaciones de las mujeres que se apiñaban en las ventanas y agitaban sus pañuelos.

Después de los brindis de rúbrica, Nelson fué invitado a recibir la espada que le había sido otorgada. Avanzó bajo un arco de triunfo levantado para recibirle. Allí le esperaba el tesorero de la City que le dirigió un discurso al que Nelson respondió:

—Sir, con inmenso orgullo y profunda gratitud recibo del honorable Consejo este testimonio que acredita el juicio favorable que mi conducta le merece; y con esta espada abrigo la esperanza de reducir a nuestra secular e implacable enemiga, sin lo cual este país no podrá jamás aspirar a una paz sólida y honrosa.

Según es de ver, Nelson quedaba ya empeñado, por sus propias palabras, a renunciar a la vida de reposo que se había prometido al regresar a Inglaterra.

su mujer. Conseguí de sir Guillermo la promesa de dejar el hotel de Nèrot y pasar a ocupar la casa de su sobrino, lord Greenville, situada en el extremo de Piccadilly y con vistas a Green-Park.

A pesar del deseo que tenía de estar junto a mí, seriamente preocupado por mi estado, Nelson tuvo que partir el 13 de enero para Plymouth, a cuya puerto llegó el 17, estableciéndose inmediatamente a bordo del *San José*.

El 19 me escribía :

«Mi querida lady Hamilton : ninguna carta suya he recibido hasta ahora. Es para mí una verdadera desgracia... Hoy he recibido orden de ponerme a la de lord Saint-Vincent ; pero probablemente no nos haremos a la vela hasta el próximo viernes por la noche, que saldremos para Forbais.

»Estoy muy delicado de la vista ; el médico de la escuadra me ha prohibido terminantemente escribir, pero tengo necesidad de hacerlo, pues he de comunicarme con lord Spencer, con Saint-Vincent y Davison. Pero esté usted tranquila : es usted la única mujer a quien escribo. El doctor me prohíbe también comer manjares fuertes ; tampoco puedo beber cerveza ni vino. En fin, he de permanecer en una pieza oscura y resguardar mi vista por medio de una pantalla. ¿Quiere usted, amiga mía, hacerme una o dos? No las quiero de nadie más que de usted. La ocupación de escribir ha sido sin duda la causa de esta dolencia.

»Notó que hablo demasiado de mis sufrimientos ; pero, viviendo lejos de usted, no se me ocurre hablar de otra cosa.

»Créame su siempre fiel

»H. NELSON.»

Tres semanas después recibí esta otra carta :

«Mi querida lady : Davison reclama el privilegio de llevar a usted mi contestación a su amable carta, y tengo la seguridad de que cumplirá con toda exactitud su misión. Me siento abatido moralmente, y si no fuese absolu-

XCIII

El día mismo de su llegada, el 8 de noviembre, milord hizo en el Almirantazgo una visita a lord Spencer, amigo suyo, y le expuso su deseo de dejar el servicio, alegando el motivo que ordinariamente se aduce en tales casos : el estado precario de salud.

Lord Spencer se limitó a sonreír, oyéndole expresarse en esta forma, e hizo votos para que recobrase la salud y consiguiese un segundo Aboukir.

El primero de enero de 1801 hubo una promoción, y Nelson se enteró de que era vicealmirante de la escuadra británica, lo cual equivalía, a la vez, a una recompensa y a un progreso. El mismo día, reconciliado con el mar y con la vida de peligros que le era familiar, trasladó su pabellón al *San José*, que se encontraba en Plymouth.

Mientras tanto, sentía acercarse el día de mi alumbramiento. Probablemente no transcurriría el mes de febrero sin que viniese al mundo el ser que con tanto afán y tantos sufrimientos venía yo ocultando al mundo. Obligada en la corte de Viena, en la residencia del príncipe Carlos, en Hamburgo, a presentarme constantemente en traje de etiqueta, había sufrido, durante el curso de mi embarazo, espasmos e indisposiciones que alarmaban mucho a sir Guillermo, quien no sospechaba nada, pues Nelson me mostró un día una carta en la que mi marido le decía :

«Emma tiene siempre dolores de estómago, convulsiones y vómitos. Creo que necesita tomar emético.»

Una vez en Londres, me vi obligada a guardar precauciones, no menos que en Viena, Dresde y Hamburgo, porque allí estaba toda la familia de Nelson, su padre, su hermano, hasta

tamente necesario a nuestro país, nada se opondría a que yo mismo fuera el portador de mi carta ; pero, querida amiga mía, yo sé que es usted una inglesa leal y verdadera, y que sentiría aversión hacia aquellos que no defendiesen al Rey, las leyes y todo lo que es objeto de nuestro amor. La mujer es la que convierte al hombre en héroe, y si sucumbimos en el honroso cumplimiento de nuestro deber, continuamos viviendo en el corazón de las que nos han amado. Y entre todas, es usted, mi querida amiga, la primera y la mejor. He dado la vuelta al mundo, y en ninguna parte pude encontrar una que pudiese compararse con usted. Sabe usted apreciar el valor, el honor, la virtud, y jamás se pregunta si es un príncipe, un duque, un lord o un campesino el que tales cualidades atesora.

»H. NELSON.»

Semejantes cartas, escritas por un hombre de quien hablaba toda Inglaterra, a quien los reyes llamaban su apoyo y le honraban como a un igual suyo, me volvían loca de orgullo. Se ha dicho que yo ejercía predominio sobre Nelson ; al contrario, era él quien predominaba completamente en mí. Si me hubiese mandado un imposible, ese imposible habría sido intentado por mí ; si me hubiese impuesto la realización del acto más criminal, no habría vacilado en acatar su mandato.

Por eso sobrellevaba con inmenso júbilo los tormentos de mi embarazo. ¿Por ventura no era él, no era Nelson el causante de esos tormentos? ¿Acaso no era suya la criatura que llevaba en mis entrañas?

Frecuentemente hemos hablado los dos de este particular. No había tenido ningún hijo de su mujer, y aseguraba que ese que iba a nacer sería objeto de su adoración. Y por anticipado habíamos forjado los más fantásticos proyectos sobre la educación que le daríamos.

Yo esperaba aún que Nelson podría volver a Londres, cuando se resolvió la coalición del Norte. En tal ocasión, el gobierno decidió enviar una podero-

sa flota al Báltico, a los órdenes del almirante Parker, con Nelson como jefe segundo. En su virtud, el 17 de febrero de 1801, el Almirantazgo transmitió a Nelson la siguiente orden :

«Lord Nelson se pondrá a las órdenes de sir Hyde Parker, almirante de la escuadra de Su Majestad. Se le ocupará en servicios especiales.»

Cumpliendo estas disposiciones, el 18 del mismo mes se trasladó al *San Jorge* y partió para Spithead, donde debía esperar instrucciones.

Durante este tiempo, había llegado la hora por mí esperada. El 15 de febrero sentí los primeros dolores. Sir Guillermo Hamilton se encontraba precisamente ausente de Londres. Había ido a ver, a ocho leguas de distancia, en el condado de Surrey, una magnífica casa de campo, denominada Merton-Place, que yo deseaba ardientemente. Así que, en aquel momento me encontré sola, que era como necesitaba encontrarme.

Afortunadamente, conocía a una mujer madre de numerosa prole y muy entendida en partos, la cual había reemplazado varias veces con gran habilidad a cirujano y comadrona. La hice llamar, y, a las tres o cuatro horas de padecimientos, di a luz a una niña tan débil, que al pronto se creyó que no podría vivir.

La mujer que me asistió fué a encerrarse con la criatura recién nacida en la habitación más apartada de la casa, y durante tres o cuatro días la pobrecita niña vivió alimentada con biberón, pues su debilidad no permitía ser llevada al domicilio de la nodriza que de antemano había yo buscado y encontrado en la calle de Little-Tichfield.

El mismo día escribí a Nelson, aconsejándole que no viniese a Londres hasta seis u ocho días después, so pretexto de que no quería que viese a nuestra querida Horacia sin estar yo presente ; pero la verdadera causa de mi consejo era que temía no viniese al recibir mi carta y se asustase viendo el extremo grado de debilidad de la niña.